



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXVII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 10780

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id. La suscripción se contará desde 1º y 16 de cada mes.—La correspondencia a la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

SABADO 9 DE OCTUBRE DE 1897

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

CAMILO PEREZ LURBE

12. CASTELLINI, 12

Material completo para minas, obras públicas, agricultura y construcción.

Instalaciones de máquinas de extracción y desagüe. Especialidad en cables y cuerdas de abacá, acero y hierro

Vías, rails, wagonetas, picos, martillos, azadas, legones, palas, barrenas, etc.

Bombas, fraguas, poleas, mandriles y toda clase de maquinaria.

LA CARTA

DE WEYLER

Continúa dando juego la carta escrita por el general Weyler al general Azcárraga; pero dá juego contrario para su autor.

Es verdad que en las primeras horas del día en que vio la luz, levantó gran polvareda; mas después ha venido el célebre «tio Paco», y la carta, que parecía interesantísima y concluyente, ha quedado reducida a una censura y un bombo; la primera dirigida al general Martínez Campos, con la intención que es de presumir, y dedicada el último por el propio fabricante a su mismísima persona. ¡Cuanta modestia!

¿Quién ha entregado esa carta a los periodistas para que la den al público? Laduda de que el despecho ó alguna otra mala pasión, hubiera arrastrado al general Azcárraga á cometer acción tan reprensible, ocasiona la posibilidad de un desafío; pero el general desvaneció las dudas con solo intentar y la opinión busco por otro sitio la mano que se oculta para herir desde la sombra, escu la tras de la per-

sona siempre respetable del exministro de la Guerra.

Y esa opinión, que es sobrado maliciosa, porque así la han enseñado, piensa y piensa con lógica, que no siendo el destinatario de la carta el que ha arrojado el contenido de la misma á los cuatro vientos, debese el remitente quien la ha hecho publicar, sacando una copia y enviandola á persona comprometida de antemano para secundar sus deseos.

Tal vez no vaya descaminada la opinión. Tales y tan extrañas cosas ocurren en Cuba, y siguen ocurriendo, que no es atrevimiento pensar que están hechas á gusto de Weyler, para que desde aquí veamos lo que puede y vale, el cariño que le tienen los cubanos, la confianza que inspira su nombre y el disgusto que ha de producir su relevo.

¿Las manifestaciones que ya han hecho dos veces los gremios son espontáneas? ¿Será desinteresado el móvil que impulsa á los manifestantes? Con esa espontaneidad habrá que hacer lo que con los barcos que vienen en este tiempo de aquel país: ponerlos en cuarentena; en cuanto á los gremios, serian votos en la materia si no anduvieran por enmedio las contras.

¡Manifestaciones en Cuba! Paz interior gozamos en España y no hay una autoridad capaz de consentir que se reúnan en la calle unos cuantos millares de españoles. ¿Cómo no ha de extrañar que estando la Habana en estado de sitio, é imperando en la isla la situación de guerra, se celebren esas manifestaciones monstruosas para pedir que no sea relevado el general sin cuyo permiso no se podría verificar la manifestación.

El asunto se presta á sabrosos comentarios; pero no haremos ninguno.

De sobra los hace y los propala la opinión.

TIJERETAZOS

Hay agencias que se pasan de listas.

Una de ellas dirigió anteayer á un periódico de Murcia un telegrama así concebido:

«El vapor «Isla de Mianano» llegó á Cádiz conduciendo 410 enfermos.»

De éstos, 137 han ingresado por graves en los hospitales de aquella población.»

Pero ¡Señor! si á la hora de ese telegrama estábamos dentro del barco y no nos hemos movido de Cartagena.

¿Habremos soñado?

¿O habrá aplicado la agencia la profecía á la información?

¡Vaya un invento fin de siglo!

Leemos: «Dice un periódico que por haberse negado á satisfacer la cantidad de dos pesetas en concepto de arbitrio del gas, le ha sido embargado al industrial D. Antonio Fernández, dueño de una tienda de vinos de la calle de la Ballesta, un mostrador, cuatro veladores y seis banquetas, mueble que el agente ejecutivo ha creído necesario para garantizar el pago de los ocho reales y pico.»

¿Le han dejado el apellido?

Pues que dé gracias á Dios, y huya de los si quiere conservarlo.

Dice un periódico:

«Telegrafian de la Habana á la prensa americana que el día 23 del pasado fue detenido á bordo del vapor «Concho», que iba á zarpar para Méjico, el titulado coronel insurrecto Baldomero Acosta y uno de los cabecillas más importantes de la provincia de la Habana.

Acosta llegó enfermo dos días antes á la Habana, y fue á bordo disfrazado; pero momentos antes de partir el buque llevó la policía á él y á su esposa.

Operaba con sus partidas en las inmediaciones de la capital, y este cabecilla fue quien hace poco tiempo saqueó á Mariano, llevándose gran cantidad de armas y municiones.»

Eso no le hace.

Ya le echará el capote Mr. Lee, para sacarlo incólume.

El general Pando habla en las columnas de «El Liberal» y dice:

«Ya he conseguido lo que deseaba, que era

el cambio de Gobierno, y ahora me voy á mi casa sin pretender nada; pero siempre á la disposición del Gobierno.»

¡Qué peso se nos ha quitado de encima!

Esto de no saber dónde iría el general Pando nos tenía inquietos.

Si tarda un poco en hacer esa declaración interesantísima, le escribimos.

GLORIAS NACIONALES

DEFENSA DE ASTORGA

9 de Octubre de 1809

Por haber sido ocupada varias veces Astorga, sin haber sufrido en ninguna de ellas grandes contratiempos, ni pérdidas de consideración, el general Kellermann, comandante del ejército de Castilla la Vieja, ordenó al mariscal Carrier se apoderara con solo 3.000 hombres de la honrada población, en aquel entonces en poder de las tropas españolas.

De las márgenes del Esla y del Orbigo trasladose Carrier con su gente á las cercanías de Astorga. Puso inmediatamente sitio á la ciudad, el 9 de Octubre, apoderándose sin gran resistencia de sus arrabales, con lo que consiguió acometer á la plaza con más ventajas.

En el arrabal de Reltibia puso en batería los cañones que llevaba; y mientras con estos arrojaba proyectiles sobre la población y sobre la Puerta del Obispo amagaba asaltos por otras partes de la muralla.

La defensa fue obstinada, heroica. Los defensores ascendían á 1.200 todos soldados bisoños, y estaban mandados por el coronel D. José María de Santocildes, á quien—según dice Gómez Arceche—tan alto renombre habían proporcionado aquellos viejos muros.

Y tal fue el arrojo y serenidad de los españoles y tanto el acierto con que Santocildes dirigió la defensa, que después de cuatro horas de encarnizada lucha, las huestes imperiales tuvieron que desistir de su empeño.

Las pérdidas de los franceses fueron considerables, si se tiene en cuenta el corto tiempo que duró la lucha, pues solo los muertos ascendieron á 400.

Al hablar de este hecho glorioso no debemos dejar en olvido á un héroe anónimo, á un humilde vocero de Astorga, llamado Santos Fernández que, al ver que un hijo suyo cayó muerto por una bala enemiga, le arrebató de las crispadas manos el fusil, diciendo:

—Si murió mi hijo único, vivo yo para vengarle—y ocupó el lugar que el soldado muerto dejaba vacante.

CEBARR.

(Prohibida la reproducción.)

CRÓNICA INTERNACIONAL

Las poco halagüeñas situaciones por que de algún tiempo á esta parte viene atravesando la política española, sin duda alguna, han hecho que la prensa permanezca callada acerca de un asunto de vitalísima importancia para España: Nos referimos á la actitud en que parece colocada una parte de Europa, con motivo de los actos de piratería cometidos por las tribus vecinas á nuestra posesión de Alhucemas.

Por la prensa extranjera ha corrido la proposición de formar un pequeño ejército internacional, que desembarque en ese lado del Africa, para castigar á los piratas y evitar que en lo sucesivo se entreguen á sus acostumbrados saqueos. Ultimamente, los periódicos británicos han dicho que en Inglaterra existe el pensamiento de enviar á dicho territorio fuerzas con idénticos fines.

Al conocer ambas noticias no sabemos qué habrán pensado nuestros políticos, los encargados de gobierno, acaso nada, por que para ellos no les dejarán tiempo asuntos de casa.

A personas algo separadas de la política interior, y que son verdaderas autoridades en asuntos internacionales, hemos oído opiniones que en concreto no discrepan en nada y que están en un todo conformes con las nuestras.

Lo primero que reconocen es que para España es una vergüenza ser cometidos actos de piratería, casi á la vista de sus autoridades; lo segundo, que nosotros somos los llamados á estorbar esos hechos y que sería también una vergüenza que otras potencias hicieran lo que

CARLOS II EL HECHIZADO

890

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 891

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 894

de morir delante de sus padres y al pie de los altos muros de Troya!

—¿Por qué decís eso?

—¿Por qué? exclamó el doctor. ¿Pues no habeis oído?

—¡Y bien!

—O dura fata semper, como dijo JASON. ¿Queréis que permanezca tranquilo cuando acabo de escuchar que nos esperan noches tan terribles como la anterior? Yo, señor Arcabuz, no he sido soldado y no estoy familiarizado con los tiros, ni con la pólvora; yo no comprendo la filosofía de los pistoletazos y las estocadas, y así es que no puedo menos de daros aquel famoso consejo: Ne, pueri, ne tanta animis assuecitate bella.

—Vamos, doctor, hablemos de modo que nos entendamos, observó el sargento riéndose.

—Sí, sí, replió Palomino que no cesaba de suspirar, acercándose á sus dos compañeros. Ya veo que esto va mas serio de lo que me habia imaginado. ¿Qué hemos de hacer si nos vemos en un conflicto igual al de anoche? ¡Ufi! Todavía estoy atronado con tanto tiro.

—¿Qué? dijo Arcabuz. Defendernos.

Corneja abrió la boca y Palomino cerró los ojos.

—¡Defendernos! ¡defendernos nosotros!

—No hay otro remedio; estamos en campaña.

Arcabuz prosiguió su interrumpida canción.

—Señor Arcabuz, tened compasión de nosotros, dijo Palomino lanzando un largo suspiro. Vos que sois experimentado en el arte de la guerra, conocereis algunos medios para salir airoso de un choque impensado. Instruidnos si os es posible.

—¿Y qué quereis que haga?

—Que nos deis vuestros consejos.

—El único que puedo daros es que echeis pecho al agua, registreis las pistoleras, preparéis vuestras armas y os dispongais á luchar aunque sea contra el mismo diablo en persona.

El consejo no podía ser mas desconsolador; el doctor y el mayordomo vacilaron en sus sillas, y Arcabuz siguió cantando como si se tratase de un juego de muchachos.

Mientras tanto Leon Bravo iba explicando su plan de campaña se cuestionaba sobre un punto de los mas importantes y los pareceres estaban encontrados.

—Según mi opinion, decía el gefe, nunca debemos pernoctar en venta ni en posada.

—¿Pues donde hemos de dormir? preguntó el conde de Santisteban.

—En medio del campo. En cualquier parte donde

nada de hoy debe ser larga... muy larga. Á ver si podemos ponernos fuera del alcance de nuestros enemigos.

—Esa ha sido mi intención, contestó el capitán.

Todos aplaudieron este pensamiento.

—Ahora vamos á lo mas importante, prosiguió el poeta.

—Decid.

—Para que nuestra presencia no llame la curiosidad, acamparemos en algun paraje ruinoso, en alguna ermita abandonada ó en un convento que se nos presente al paso. Esto así, mandaremos á la población inmediata al doctor Corneja y al señor Juan Palomino para que compren víveres y traigan el forraje suficiente para los caballos, y de ese modo conseguiremos el medio que deseábamos encontrar.

Una unánime explosión de alabanzas estalló en la reunion: todos los rostros resplandecieron de alegría, menos los del preceptor y el del mayordomo.

El primero miró á su amo con toda la amabilidad que pudo reunir en su prolongada fisonomía.

—Señor, dijo acercándose á él, magno locutor cum dolore. ¿Es posible que os hallais empeñado en que yo me convierta en un aventurero dispuesto á luchar con todo el mundo?

—¡Ho! ¡parece que parodiáis á Ciceron? contes,